

Los hombres asumimos nuestra responsabilidad: Las Masculinidades en la prevención de la Violencia de Género.

**Larry José Madrigal Rajo.
Programa de Masculinidades, Centro Las Casas, El Salvador.**

Resumen

Desde el trabajo con hombres en El Salvador, cuando hablamos de violencia de género, nos preguntamos por una realidad que sea integralmente reflejada en un concepto dinámico y justo, y el cual podamos ubicar exactamente cuál es la responsabilidad de los hombres y como ella funciona. Asimismo, planteamos que prevenir la violencia de género es necesario y urgente y que es preciso involucrar a los hombres en la prevención. Este abordaje con un enfoque integral con los hombres implica un reconocimiento de la situación actual de esfuerzos en el abordaje de la violencia de género, las luchas del movimiento de las mujeres y una voluntad decidida de trabajo en alianza con el Estado y la sociedad civil.-

Cuando hablamos de Violencia de Género, precisamos de algunas definiciones básicas que permitan dar cuenta de este grave fenómeno, presente desde antiguo y ahora más visible, quizá por ello, ahora más urgente.

Por Violencia de Género sigo la definición que nos ofrece la Convención Interamericana para Prevenir, Castigar y Erradicar la Violencia contra la Mujer (Belem do Pará): *“cualquier acción o conducta, basada en su género, que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico a la mujer, tanto en el ámbito público como en el privado”*. Me gustaría profundizar y reflejar mejor el fenómeno de la violencia de género, insistiendo que la muerte, daño o sufrimiento puede provocarse desde y realizarse en las esferas económica, política y simbólica, tanto en lo público (la calle, el trabajo, la escuela, la Iglesia, etc) como en lo privado (las relaciones íntimas, lo doméstico).

Si recordamos que la raíz etimológica del término violencia remite al concepto de *fuerza*, y que se corresponde con verbos tales como *violentar*, *violar*, *forzar* podremos decir que la violencia implica siempre el uso de la fuerza para producir un daño (Corsi 2002; 11). En todos los casos, el uso de la fuerza nos remite al concepto de poder.

En sus múltiples manifestaciones, la violencia siempre es una forma de ejercicio del poder mediante el empleo de la fuerza (sea física, económica, psicológica...) e implica la asimetría, real o simbólica, de poderes diferentes, normalmente visualizados como polos opuestos, como binomios de una relación desigual: padre-hijo, hombre-mujer, maestro-alumno, adulto-joven, etc. La violencia implica eliminar los obstáculos que se oponen al propio ejercicio del

poder, mediante el control, obtenido a través del uso de la fuerza. Ese ejercicio del poder es asimétrico, se construye socialmente y se define culturalmente, afectándonos desde el momento mismo de nacer y hasta la muerte. Sin embargo, el ejercicio poder en sí mismo no es malo. Existe, es usado cotidianamente y negociamos en todos los campos de la vida.

Así entonces, la violencia de género es también una relación en la que una persona con más poder (real o asignado), abusa de otra con menos poder o poder diferente. Esta violencia tiende a prevalecer donde existen relaciones con la mayor diferencia de poder. Es una relación que también es abuso, en tanto el poder es utilizado para causar daño a la otra persona.

Toda la evidencia empírica de la que disponemos, así como datos mundiales de este fenómeno, dan cuenta que esa relación dispar de poder tiene como inmensa mayoría a hombres en el papel de violentadores. Sin embargo, aunque sus víctimas son mayoritariamente mujeres, esa violencia también es ejercida por los hombres hacia otros hombres y hacia sí mismos. La violencia se entrecruza también en sus asimetrías, como bien muestra la tipología de la violencia contra las mujeres, elaborada por el PNUD (De Vylder, 2006: 96), que va describiendo los tipos de violencia presente, desde la fase prenatal hasta la vejez. Es decir, encontramos a hombres con un poder tal, que se ejercita como violencia contra otras y otros, y muchas mujeres y otros hombres disponen de un poder que no puede impedir esa violencia. Hablar de violencia de género es hablar de relaciones inequitativas de poder, de asimetrías de género, situaciones en las que las mujeres por lo general salen afectadas.

Masculinidad hegemónica y violencia de género

La masculinidad asignada, es decir -los patrones de género que son asignados desde el nacimiento a los seres humanos clasificados como varones- trascendiendo culturas y geografías, pero asumiendo sus rasgos propios locales, va siempre unida a determinadas cualidades, sobre todo asociadas con la fuerza, la violencia, la agresividad, la potencia, la inteligencia.

Esta masculinidad ha estado asociada a la idea de que es necesario probar y probarse continuamente que se "es hombre", que se ha logrado alcanzar el modelo definido de ser hombre. Este modelo definido no admite contrapuntos o alternativas, prevalece, se convierte en idea fundante. Es la masculinidad hegemónica (Madrigal, 2006: 51). Y es desde este modelo que se mide e interpreta a los hombres. Por supuesto, si este es un patrón de medida, no todos los hombres tienen éxito en adecuarse a esas medidas, inclusive físicas, con las que se mide su masculinidad. Pero esta masculinidad hegemónica no pretende solamente moldear rasgos y posicionamientos sociales, sino incluso conformar física y psicológicamente a los cuerpos de los varones. Es el entrenamiento por el poder (Foucault, 1998: 65). Se supone que todos los hombres deben conformarse a ese modelo hegemónico que dicta hasta la manera de sentir. Se trata de un entrenamiento corporal dentro de estructuras que facilitan la asimilación, perpetuación y multiplicación del modelo.

Según el modelo hegemónico de masculinidad, los encuentros entre los hombres están trabajados por el poder, la competencia y el conflicto potencial. Evidentemente, no se excluye la capacidad para establecer relaciones de compañerismo, cooperación, lealtad y afectividad, pero estas ocurren en el marco de las relaciones de poder y significa sobreponerlas al juego del poder. Desde la niñez los hombres aprendemos a darnos a respetar, a responder a las agresiones y a defendernos tanto física como verbalmente; a demostrar invulnerabilidad, valor y control (Madrigal, 2006: 52). Los hombres somos educados en un ambiente en el que se nos exige la afirmación constante de esos atributos definitorios de la masculinidad, sea de maneras físicamente explícitas, sea de manera consideradas educadas o elegantes. Las exigencias de lo masculino son muchas, existiendo variaciones en la forma de demostrarlo que dependen de la clase social, religión, grupo de edad, condición física y mental y de los grupos de referencia (tales como los grupos de trabajo, instituciones educativas, las Iglesias, el vecindario y los grupos de pares).

Esta masculinidad hegemónica, construida, legitimada y reproducida, asume una biofísica del poder, es decir, una localización concreta del poder en cuerpos físicos de hombres y mujeres y en relaciones y escenarios donde el poder se ejerce. En el modelo hegemónico, las mujeres son interpretadas y construidas como con poder menor, inferior, débil, suave, limitado. Los hombres son construidos con poder mayor, superior, fuerte, duro e infinito. Este último poder masculino puede y de hecho genera violencia a muchos niveles, pero especialmente como medición de fuerzas ante poderes masculinos o como demostración de poder ante poderes débiles.

El papel de los hombres

¿Por qué de esta violencia? Más allá de explicarla -lo que se ha hecho abundante y lúcidamente desde la crítica feminista- desbancando mitos cientificistas o reduccionistas que plantean patologías de dependencia al uso de drogas o alcohol como causante, es avanzar hasta enfoques más integrales lo que nos permite ver la violencia ejercida por los hombres en relación con variables multicausales, producto de modelos masculinos hegemónicos que determinan la familia y la sociedad, y por tanto el cuerpo de los hombres, de modo tal que la violencia es viable como procedimiento para resolver conflictos y ejercer el poder (Connell, 2001: 2)

Peor aún, en su proceso de socialización de género, en la construcción de la masculinidad hegemónica, los hombres incorporamos creencias, valores y actitudes que en su configuración más estereotipada, constituyen una especie de mística masculina perversa y hegemónica (Madrigal, 2006: 54): restricción emocional, homofobia, modelos de control, poder y competencia, placer falocéntrico, obsesión por logros y éxitos, lo masculino como norma, norma en la que mantener la imagen de macho ante la mirada de *otros*, es crucial.

Esta misma violencia de origen, violencia en la socialización y construcción, verdadero asesinato fundante producido por un poder que se legitima por medio de él (Hinkelammert, 2003: 188); es generada por el modelo hegemónico y forma una identidad basada en procesos personales donde se encuentran simultáneamente el hiperdesarrollo del yo exterior (hacer, lograr, actuar) y la represión de la esfera emocional. Así se entrena la psique en un constante autocontrol para regular la exteriorización de sentimientos de afecto, ternura, debilidad, tristeza, placer, temor, amor... como el mecanismo de preservar la identidad masculina. No es casual que cueste tanto trabajo en los procesos de masculinidad, lograr que los hombres participantes expresen lo que *sienten* y no lo que piensan. Diversas autoras y autores han enfatizado el hecho de que en ese proceso psicológico de construcción de la identidad masculina, ella se apoya básicamente en el mandato de “diferenciarse de lo femenino”. A esto contribuye un factor estructurante de nuestra cultura, como lo es la homofobia. Interesante además notar cómo muchas mujeres, como estrategia de lucha, han tenido que asumir estos mismos mecanismos, *masculinizándose hegemónicamente*, para lograr ser consideradas par, en la relación con los hombres y en el ejercicio del poder con y/o sobre otras mujeres (Lagarde 2001: 98).

Vale decir que cuando nos referimos a estas violencias en los hombres, no hablamos de violencia masculina. Primero, porque la expresión “violencias de los hombres” precisa el problema y ubica la responsabilidad en hombres concretos. Segundo, no hay ninguna asunción de que la violencia sea algo inevitable biológicamente o que haya causas biológicas para la violencia. La expresión “violencia masculina” es una naturalización de la violencia (Hearn, 1998: 4). Tercero, remueve la ambigüedad que se puede crear con suponer que existe algo masculino en la violencia y que sería parte de otra violencia mayor. Cuarto, reconoce la pluralidad de las violencias ejercidas por hombres.

Con lo dicho anteriormente, la triste y reveladora expresión “los hombres como factor de riesgo” adquiere una magnitud profética. No hay duda, cuando vemos globalmente la evidencia disponible, que los hombres son los principales agentes de la violencia en el mundo contemporáneo (De Vylder, 2005: 69) y que los patrones hegemónicos de conducta masculina, ampliamente difundidos, son su apoyo. Las mujeres como grupo son el principal blanco de ciertos tipos de violencia; los hombres son, como grupo, el principal blanco de otros tipos de violencia, personal e institucional. Pero estos patrones están enlazados; la violencia dirigida a otros hombres es parte del proceso que reproduce la violencia en general y ésta violencia sostiene a la violencia contra las mujeres. Es la famosa tríada de la violencia en los hombres: **hacia sí mismos** (mediante diversos síntomas fisiológicos y psicológicos), parte **hacia los otros hombres** y una gran parte **hacia las mujeres** (en cuanto ejercicio de poder) (Kauffman, 1989: 20).

La violencia de Género es una responsabilidad política de los hombres. Oponerse a la violencia es un asunto político crucial para los hombres, que implica reconocer la propia violencia, reconocer que “lo personal es político” y ejercitar esa convicción para prevenir la violencia de Género.

Hacia la Prevención de la Violencia de Género

Para administrar el fenómeno de la violencia de género debemos abordar tanto las causas como los efectos. Encontrar una causa original de esa violencia ya es imposible. Sin pretender ser universales para una única explicación mundial, la evidencia nos muestra que dos factores están siempre presentes: la masculinidad y las relaciones de género. Es decir, el **comportamiento violento** de los hombres.

Es fácil culpar a los hombres sin cuestionar por qué son violentos. La atención creciente al problema de los hombres y la violencia revela la importancia del ambiente en el cual los hombres son socializados, en las ideas y convicciones que lo sostienen, en las imágenes y consensos culturales a las cuales los hombres están expuestos desde el nacimiento. Pero esto mismo nos lleva a una feliz esperanza, no ingenua, por cierto: la construcción del modelo hegemónico de masculinidad que genera violencia de género, no es inmutable, es profundamente ideológica, ha cambiado en el devenir del tiempo, no es igual en todas las situaciones y latitudes y quizá, lo más importante, no es uniforme en la actualidad, ni para todos los hombres dentro de una población homogénea de hombres ni para todas las edades en diferentes contextos (Madrigal, 2006: 58).

Si desde niños aprendemos cómo *ser un hombre* de nuestros padres, madres, profesores, mentores, amigos y otras fuentes, incluida la televisión y las películas, podríamos hablar de "aprender el modelo". Los niños juegan con armas de fuego, aviones y otros juguetes violentos, participan en "deportes de contacto" que glorifican la violencia y la capacidad de superar al otro equipo, se convierten en ejecutivos empresariales potentes, destruyendo a sus competidores y exaltando la agresividad, o se asocian a los ejércitos y sirven a sus países atacando los estados o grupos de personas "enemigas". Este aprendizaje provoca altos costos públicos, por más ganancias reportadas (De Vylder, 2005: 76) al nivel personal o corporativo.

Si el modelo hegemónico y violento puede ser aprendido, significa que puede ser "desaprendido". Quiero destacar que no hablamos a la ligera de algo fácil, a corto plazo o que ya disponga de estrategias claras. Pero resulta alentador insistir que no es algo inevitable, biológico o divino.

Ante la violencia de género, es urgente y necesario prevenir. La prevención de la violencia de género es una dimensión todavía poco trabajada en sus profundas consecuencias, más aun cuando se le aborda desde un enfoque integral de las masculinidades¹. Si hemos insistido en modelos finitos y construidos que pueden aprenderse y que tocan integralmente diferentes dimensiones de la vida de hombres y mujeres, podemos colocar crucial y estratégicamente la prevención como ineludible para reducir la violencia de género.

Prevención significaría trabajar primeramente con las personas involucradas: en sus ideas y convicciones profundas, en sus habilidades, conocimientos, creatividad y experiencia, en su salud. Esto no significa dejar de lado las

¹ No parece oportuno abundar en detalles de lo integral que pretende ser este enfoque, pero podemos recomendar vivamente el considerar el enfoque integral para el desarrollo, explicado brillantemente por Gail Hochachka a partir de la síntesis del pensador estadounidense Ken Wilber (Hochachka, 2005: 15). El Programa de Masculinidades desarrolla este enfoque integral en el contexto de la propuesta educativa del Centro Las Casas.

importantes acciones en la dimensión más empírica de la investigación, cuantificación y sanción del fenómeno (leyes, mediciones, políticas y acciones gubernamentales), ni mucho menos la absolutamente importante construcción cultural de los significados de las violencias de los hombres. Pero, hablando desde un enfoque integral de masculinidades, muy poco cambiará en la situación de violencia de género sólo con leyes, políticas o impactos mediáticos. Es preciso tocar la subjetividad, el alma, la sensibilidad cotidiana para creer que es posible crear otras formas. Prevención, hablando en sentido práctico, vendría a significar no quedarnos esperando a que haya una denuncia por agresión para tomar cartas en el asunto. Prevención vendría a significar que queremos tocar las causas profundas que generan violencia de género, por más grandes, difíciles o monstruosas que puedan ser. Prevención de la Violencia de Género vendría a ser ubicar responsables, ser específicos y específicas, abordar la cuestión del poder y asegurarnos de proteger a sobrevivientes que ya sufren violencia de género para concentrarnos en la reducción de la misma.

Aunque algunos enfoques son más eficaces que otros, el enfoque integral indica y la experiencia de varios lugares del mundo en las cuales se involucra a los hombres nos lo confirma, que es clave la **participación de múltiples sectores y comunidades enteras**. Cuando se aborda la violencia de género desde todos los ángulos, la posibilidad de la prevención se hace una realidad, se crean redes sociales para asegurar que las víctimas de violencia consigan la atención y la protección que necesitan, y que menos mujeres caigan en sus grietas.

La creación de estas redes incluye la **integración de la prevención y atención de la violencia en los sistemas y servicios existentes, así como el diseño de nuevas respuestas**. Las respuestas sociales a la violencia de género se han centrado en: servicios de atención de salud, asistencia para las víctimas, campañas de sensibilización e información en los medios de comunicación, respuestas legales, estudios y conferencias sobre el agresor y el fenómeno y convenciones internacionales. Podríamos ir promoviendo y realizando respuestas en: educación inicial y escolar, intervenciones comunitarias de observación y legitimación de nuevos consensos culturales y sociales, programas basados en grupos religiosos y, aunque ubicado el final del espectro de prevención, programas de intervención con agresores, para superar el confinamiento y sanción penal e incorporar la rehabilitación.

En este sentido integral, la prevención vendría a tener por lo menos cuatro niveles (Massolo, 2005: 11), no consecutivos ni exclusivos, sino más bien simultáneos: La prevención *situacional, primaria, secundaria y terciaria* son las líneas rectoras y prioritarias del papel y reto de los gobiernos locales, en el terreno de la violencia de género vinculada a la seguridad ciudadana. La prevención sería la respuesta intersectorial a la multicausalidad de la violencia, en cualquiera de sus formas y escenarios.

Prevención situacional

La prevención situacional tiene que ver con aquellos elementos de la cultura que son retomados por los medios de comunicación social, por el Estado y por

las instituciones civiles, que al ser reproducidos, legitimados y reconstruidos, validan o invalidan las formas violentas, los roles tradicionales y la inequidad entre los géneros.

En el contexto de las dinámicas y condiciones urbanas salvadoreñas, la *prevención situacional* es fundamental: se trata de producir modificaciones en el entorno con el fin de eliminar o disminuir los riesgos y peligros, como rehabilitar y/o construir espacios públicos que incorporen el criterio de seguridad ciudadana lo cual incluye iluminación de calles, zonas y mobiliarios (paradas de autobuses, etc); prestación de servicios de vigilancia pública cercanos y confiables. También implica una nueva producción simbólica² en el entorno, especialmente dirigida a los hombres, que supere una matriz que permite, tolera o legitima la violencia, a través de publicidad, sermones, espacios deportivos u cualquier otro mecanismo que incida en el entorno, hasta una matriz que propone y legitima otros patrones de comportamiento no violento, equitativo.

Prevención primaria

Es el centro de la prevención y el escenario de largo plazo. Tiene menos impactos inmediatos, pero mayores ganancias a largo plazo, sostenibles y verificables. Se intenta reducir la probabilidad de aparición de la violencia de género, favoreciendo la transformación de los factores de riesgo (roles de género inequitativos, autoritarismo familiar, aprendizaje de la violencia), así como diseñar estrategias para hijos de varones que ejercen violencia.

La prevención *primaria* busca fomentar un ambiente social e individual de respeto y tolerancia, de valores sociales y de conducta personal que favorezca que los conflictos se transformen de maneras no violentas. Las escuelas formales, las Iglesias, las asociaciones vecinales y actores locales son clave. Programas orientados específicamente a los jóvenes varones, en el entramado de un contexto profeminista de equidad de género y aliado con acciones de redistribución de poder (desde las esferas domésticas hasta las más públicas) son de una ayuda e impacto importante para ir generando cambios en la subjetividad, los comportamientos y la cultura. Estos programas pueden estar dentro de instancias del poder simbólico (Iglesias, cofradías, grupos juveniles), político (instancias gubernamentales locales, municipalidades, policía, etc), socio-educativo (escuelas, clubes) y económico (organizaciones no gubernamentales, empresas locales, etc)

Esto también incluye un fuerte contenido de promoción de la salud desde las unidades de salud o esfuerzos sanitarios locales, fomentando el desarrollo de comportamientos cooperativos, cuidadosos, corresponsables y presenciales de los varones en todas las actuaciones sociosanitarias y a través de módulos específicos en las actuaciones perinatales, de salud sexual y reproductiva, pediátricas y de cuidado de otras personas.

² Por simbólica quisiera resaltar su poder intangible pero muy real: aquello que decimos a través de imágenes, acciones, silencios y muchas otras cosas, de alto contenido político, cultural, religioso y que vistos y expresados en el entorno refuerzan o debilitan los consensos sociales.

Prevención secundaria

En este nivel se aborda estrategias de intervención para varones en riesgo (previolentos) o con manifestaciones iniciales de violencia psicológica o física, tales como aquellos pertenecientes a gremios masculinos y varones en crisis por sentimientos de pérdida de poder, varones con tendencia a la posesividad, al "descontrol", impulsividad o ensimismamiento, que puedan ser varones en riesgo dentro del modelo masculino hegemónico. Varones todos estos cuyos comportamientos hay que tomar muy en serio como indicadores de riesgo, y en los que es fundamental detectar los activadores de su violencia.

De la mano con la prevención primaria, la prevención secundaria busca proteger a sobrevivientes y garantizar sus derechos, detectando precozmente la violencia de género ya presente, interviniendo rápida y eficazmente -antes y no después de las violencias graves- con varones que ejercen violencia de todo tipo y acompañando procesos mucho más específicos (grupos de apoyo, terapia personalizada, vigilancia policíaca, medidas cautelares, etc).

Prevención terciaria

En este nivel, sumamente especializado, con procesos de corto plazo y probablemente de mayores impactos mediáticos pero mucho más caro en todo tipo de recursos, lo que se intenta es reducir los efectos graves de la violencia de género y evitar recaídas en agresores. Se busca programas de recuperación y rehabilitación con los denunciados y privados de libertad, que habitualmente en casi todos los países con experiencia en el tema se realizan fuera del sistema sanitario, en programas independientes que, para ser exitosos, deben estar estrechamente coordinados con el sistema judicial.

En todos los niveles de prevención que se ha descrito, es sumamente importante la participación del Estado, tanto a nivel nacional como en los gobiernos municipales. Se trata que oficial y prácticamente se evidencie el compromiso social de personas y colectividades.

A nivel del Estado

Las políticas de prevención deberían asegurar el fortalecimiento de todos los mecanismos disponibles para la protección de sobrevivientes de la violencia de género y generar otros para trascender la prevención secundaria y terciaria, invirtiendo recursos de largo plazo en la prevención primaria y situacional. Evidentemente, esto requiere de cuerpos jurídicos más explícitos y con mecanismos concretos de presión y seguridad presupuestaria.

La responsabilidad cívica, especialmente de la fuerza pública, en temas de prevención de la violencia contra las mujeres y las niñas tanto en el espacio privado como en el público se convierte en un asunto vital, no sólo porque la opinión pública salvadoreña sigue reportando que la primera instancia estatal a la que se recurre en caso de violencia de género es la policía, sino porque la policía dispone de amplios recursos y presencia para incidir en los consensos sociales y culturales de la violencia de género. Es claro que debe retomarse la

demanda social de las organizaciones de mujeres por incrementar el número de mujeres oficiales específicamente dedicadas a la atención de los casos de violencia contra las mujeres y las niñas

Quizá el más delicado y poco asumido trabajo con el Estado radica en desarrollar programas específicos de prevención para adolescentes y niñas, a través del sistema educativo nacional y de dependencias que promueven el desarrollo cultural y deportivo a nivel no formal. Esto no significa, en primer lugar, acciones o pericias técnicas de colocación de contenidos, sino asegurar mecanismos para que los actores involucrados en la educación (docentes, estudiantes, padres y madres de familia, gobierno) perciban la importancia de la prevención, generen estrategias y acciones pertinentes, realicen cambios en sus respectivas áreas y validen finalmente modelos que recojan esa experiencia a nivel oficial y permanente.

No menos importante, es asegurar, a través de otras dependencias estatales, centros de atención a mujeres maltratadas, infraestructura adecuada, transporte público seguro, iluminación y la promoción de más mujeres en puestos clave, incentivar programas de paz y convivencia comunitaria que lleven explícito el tema de prevención de la violencia de género y crear programas especiales para hombres violentos.

En el nivel municipal, se busca implementar políticas municipales de seguridad ciudadana con enfoque de género, que capaciten a quienes tienen bajo su responsabilidad la formulación y puesta en marcha de políticas públicas dirigidas a la protección de los derechos humanos, la participación y ciudadanía plena de las mujeres y a la formación de la juventud. Iniciativas municipales como la asignación de recursos a acciones de prevención de violencia de género, mediante licitaciones o convenios con la sociedad civil, parecen mostrar grandes impactos.

Proximidad institucional

Lo anterior implica una premisa fundamental y quizá polémica: la proximidad institucional. Es decir, desde la perspectiva de la sociedad civil organizada -por ejemplo, la Campaña de prevención de la violencia de género- cualquier acción del Estado o municipio va acompañada de la presencia activa y propositiva de cuantos sectores y actores confluyan en el genuino interés y voluntad de reducir, ojalá erradicar, la violencia de género en el ámbito privado y público.

La *coordinación y cooperación*, horizontal y vertical (no burocráticas) son criterios de actuación indispensables y fundamentales. Ningún gobierno local puede por sí solo enfrentar y responder eficazmente al complejo problema y reto de la violencia de género, así como a ningún otro problema y reto de las complejas sociedades urbanas locales en un mundo impactado por los cambios de la globalización.

Involucrando a los hombres

El enfoque integral de masculinidades nos puede ayudar a crear una definición conceptual dinámica para pensar las conexiones entre hombres, género y violencia, ubicando esas conexiones en las esferas de la acción/aplicación (la realidad), diálogo/proceso (la cultura), auto-crecimiento/reflexión (la interioridad) (Hochachka, 2005: 25).

Un enfoque integral de Masculinidades³ en la prevención se construye con enfoques existentes que enfrentan componentes exteriores de desarrollo (tales como la seguridad económica, la toma de decisiones y la autoridad; la capacidad técnica y social, la administración de recursos naturales), para integrar componentes psico-culturales “interiores” (tales como el bienestar comunitario y familiar, capacidad moral y emocional, conciencia y visión del mundo, la valoración de las mujeres como protagonistas). Esta integración es cada vez más necesaria y oportuna.

Utilizando este enfoque de manera transversal en nuestros procesos de género y masculinidades, los resultados muestran una creciente colaboración y auto-reflexión en donde los objetivos económicos se mezclan con la preocupación por la equidad, la prevención de la violencia de género y otros asuntos aparentemente aparte, como el medio ambiente.

Este cruce de enfoques da énfasis a los **cambios** individuales y colectivos en cuanto a la visión del mundo y al sistema de valores, que tienen un profundo impacto en cómo una comunidad o sociedad funciona como un todo. Este enfoque plantea que avanzar hacia el desarrollo sostenible de la prevención, implica cambios en nuestras visiones del mundo, desde nuestro enfoque personal hacia una visión más conectada con “otros y otras”. A medida que la propia esfera de auto-preocupación comienza a trascender y a incluir más allá de las propias necesidades inmediatas del *egocentrismo (persona)* entonces se transforma en *sociocentrismo (sociedad)*, donde además nos preocupamos de nuestro grupo, nuestra comunidad y nuestra sociedad, ojalá hasta llegar a una legítima y genuina preocupación por la humanidad *mundocentrismo*.

Ser capaces de apreciar la perspectiva de “otros” (un fenómeno de la racionalidad) ya sea de una vecina agredida, una mujer desconocida, miembros de otra familia, otras naciones, y hasta otras especies, posibilita las acciones solidarias y de cooperación. Fomentar la integración y coordinación de estas “otras” perspectivas es necesario para satisfacer necesidades complejas y abordar problemas interconectados, como la violencia de género. En el caso de los hombres, esto es vital para considerarla como asunto que nos afecta directamente, y no como un problema “de ellas”.

Es por ello que entendemos que las normas culturalmente dominantes de la masculinidad hegemónica que fortalecen a los hombres para usar la violencia, limitan las decisiones, seguridad y conductas de las mujeres y las jóvenes, pero

³ Los siguientes tres párrafos los retomo de un aporte reciente elaborado para el taller de intercambio “Gender and Culture”, realizado por OXFAM America en Johannesburg, South Africa, Mayo de 2006.

también de los hombres. Resumiendo algunos de los principales hallazgos con este enfoque integral, podemos decir que:

- La construcción de un modelo hegemónico de masculinidad afecta y por tanto se aborda desde dimensiones empíricas y cuantitativas, culturales y cualitativas, subjetivas y espirituales. Afectan a personas y colectividades, interior y exteriormente.
- Ya que sabemos que las conductas y normas de género son dichas y aprendidas, no son genéticas o naturales (aunque en algunos casos se vean predisuestas o activadas por factores biológicos), podemos decir que nos dejan opciones disponibles para mujeres y hombres que varían de sociedad en sociedad. Sabemos también que las normas de género van cambiando conforme el tiempo y que no son uniformes entre generaciones de una misma época y sociedad.
- En todas las sociedades y culturas existen hombres y modelos no siempre visibles de masculinidades no violentas y con posibilidades mayores de cambio y multiplicación.
- La violencia de género está relacionada con los sistemas de poder asimétricos -que son los que oprimen a las mujeres, a las generaciones más jóvenes y a ciertos grupos de hombres. En estos sistemas, son hombres los mayores beneficiados.
- Hay diferentes grupos de hombres que tienen diferentes experiencias de poder y violencia. Muchos hombres son oprimidos en sí mismos, por el racismo, la xenofobia, o la explotación económica. La violencia que esta opresión produce en las vidas de los hombres puede servir al propósito de la dominación y control, exactamente como la violencia de los hombres lo hace con las mujeres.

Desarrollando una respuesta integral

La violencia de género y el complejo sistema que la apoya está entretrejida en todos los niveles que hemos descrito, apoyándose y fortaleciéndose. De este modo, la prevención de la violencia de género será más exitosa en cuanto mayores niveles de coordinación logre articular para involucrar a los hombres y mayores trabajos en todas las dimensiones logre desarrollar para sostener su cambio.

En ese sentido, quisiera compartir algunos aportes desde la trayectoria de nuestro programa de Masculinidades, en El Salvador:

Procesos específicos de sensibilización con hombres, en Género, masculinidades y prevención de la violencia de género (PVG) resultan más efectivos, sostenibles y de impacto en espacios formativos que trabajen sistemáticamente en procesos y no encuentros puntuales. Esto incluye desde el nivel más básico de la base, hasta funcionarios públicos y académicos.

Los procesos desde la cultura, tienen mayor aceptación y reducen la deserción si emplean como puertas de entrada metodológicas elementos subjetivos de la cultura local como mitos, costumbres, lenguaje cotidiano, el

juego y la corporalidad, iniciando con la vida cotidiana y la responsabilidad personal. Los esfuerzos de prevención deben incorporar mensajes, estrategias y modelos que den tengan sentido en cada contexto cultural, creando indicadores locales de cambio personal y comunitario, además político, en ese orden, teniendo en cuenta la realidad y cultura local.

Es de vital importancia el **seguimiento local** de instancias e instituciones comprometidas en la prevención de la violencia de género, el desarrollo de las mujeres y/o el desarrollo comunitario, acompañando y apoyando el peculiar proceso de cambio de hombres en la comunidad, que tiene sus propias características, que es lento y es difícil y parte, en cierto modo, al revés que el de las mujeres: desde la vida cotidiana de la casa, la comunidad y el trabajo.

Trabajo entre pares. Los procesos educativos en género y masculinidades con hombres aumentan su incidencia e impacto cuando son realizados por hombres para hombres y políticas de género. Sin embargo es vital que estos espacios se desarrollen en el contexto de encuentros con las acciones pro-equidad con las mujeres. Desarrollar posteriormente espacios complementarios con personal mixto o mujeres, de las instituciones contrapartes o de entidades locales, para sensibilizar sobre el tema y las alianzas generadas por el proceso de los hombres aumenta las posibilidades de seguimiento y cambio sostenido en los elementos culturales y religiosos.

Trabajar con comunidades concretas al nivel local, como socias y no como beneficiarios, en la prevención de la violencia de género, reconoce que existen esfuerzos pequeños, no siempre visibles, pero efectivos, de modelos alternativos no violentos. Hay hombres y jóvenes con diferentes experiencias de violencia y opresión que pueden ser multiplicadores futuros de cambios.

Detectar hombres y jóvenes varones que ya están siendo o pueden ser agentes de cambio (por diferentes razones de socialización) y no sólo como parte del problema, ayuda mucho a acciones más efectivas y auténticas. Esto implica capacidad, motivación y responsabilidad para el cambio. Algunos de estos hombres pueden ser figuras públicas o de cierta fama, que auténticamente estén dispuestos al cambio o vivan ya formas diferentes no violentas de masculinidad, para fungir como modelos posibles de cambio.

Recibir mensajes alternativos a la violencia de género, puede ayudar a reaccionar en un sentido positivo, rescatando el papel que pueden ejercer los hombres y los jóvenes en la prevención. Esto significa rescatar prácticas, mensajes, acciones, ya presentes, diferentes y no violentas, enfatizando los beneficios de prevenir, para todos y todas.

El Estado y los gobiernos municipales tienen un importante rol que ejercer en la prevención, pero ese papel no debe limitarse a la reacción o presión de la sociedad civil. Su rol debe orientarse a la propuesta de leyes, políticas, programas y acciones que retomen el cambio profundo en la cultura de la violencia y la participación de los hombres en ella. No sólo rigiendo la sanción de la violencia de género, pero la promoción de la prevención y la asignación de

recursos para ella, retomando el desafío de impactar las variadas dimensiones de la vida humana y no sólo lo objetivo empírico de la denuncia o la agresión. Algunos de los escenarios más influyentes son la educación formal, los espacios no formales de la convivencia social y la actuación de los personajes públicos de mayor presencia en la vida social (personalidades, docentes, personal sanitario, policías).

Finalmente, cuando junto con mis colegas trabajábamos este enfoque integral de masculinidades, indagaba con preocupación sobre los costos de la violencia de género, para cruzarlos con hallazgos en otras dimensiones, como el desarrollo interior de la persona, el cambio individual y la cultura, me encontré con el brillante estudio de un eminente economista sueco que hace un intento global por cuantificar esos costos de las violencias “masculinas”. Quizá algunos de sus principales hallazgos sean los grandes costos económicos que generan esas violencias y la conclusión de la imposibilidad de cuantificar los costos intangibles más graves de ellas, como el dolor y el sufrimiento. Pero lo verdaderamente interesante, que quiero retomar para concluir este aporte conceptual sea su frase: “Es importante preguntarnos cuánto nos cuesta la violencia de género, pero quizá más atrevido sea preguntarnos cuánto nos está costando no prevenirla” (De Vylder 2005, 128).

Bibliografía.

Connell, Robert. "Men and Violence". En: Men's Role in Ending Gender-Based Violence. New York:

INSTRAW Virtual Seminar Series, 2001.

<http://www.un->

[instraw.org/en/images/stories/EMV/opening_essay_seminar_1.pdf](http://www.un-instraw.org/en/images/stories/EMV/opening_essay_seminar_1.pdf)

Corsi, Jorge. Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención. Buenos Aires: Paidós, 2002.

De Vylder, Stefan. Los costos de la violencia masculina. Anexo en: Poniendo fin a la violencia de género: un llamado a la acción global para involucrar a los hombres. Varios autores. Estocolmo: ASDI, 2005.

Foucault, Michel La Historia de la Sexualidad (original de 1976). Tomo I. México: Siglo XXI, 1998.

Hochachka Gail. Desarrollando la sustentabilidad, desarrollando el Ser. Un enfoque integral al

desarrollo internacional y comunitario. Victoria, BC, Canadá: Polis Project on ecological governance, University of Victoria, 2005.

Hearn, Jeff. The violences of men. How men talk about and how agencies respond to Men's violences to women. London: SAGE, 1998.

Hinkelammert, Franz El asalto al poder mundial y la violencia sagrada del Imperio. San José, Costa Rica:

DEI, 2003.

Kauffman, Michael. Hombres: placer, poder y cambio. Santo Domingo: CIPAF 1999.

Lagarde, Marcela. Claves feministas para la negociación en el amor. Managua: Puntos de Encuentro; 2001.

Madrigal Rajo, Larry José. Masculinidades. Esperanzas de cambio en las fisuras del statu quo.

En: Celebrando el cambio. Explorando la calidad y equidad del servicio en la Iglesia.

Varias autoras. Ginebra: WCC grupo de funcionamiento en Género y diaconía, 2006.

Massolo, Alejandra. Género y Seguridad Ciudadana: el papel y reto de los gobiernos locales. San Salvador: Seminario Permanente sobre Violencia, PNUD - El Salvador, 2005.